

— A la Virgen que mas votos alcance, — contestó; — á la más nombrada y famosa, á la que haya obtenido mas merecimientos á los ojos de mi pueblo.

Túvose, pues, un congreso en el que se halló representada cada nacion de las tres de la corona: Cataluña, Aragon, Valencia.

Los valencianos propusieron á Nuestra Señora del Puche; los aragoneses á Nuestra Señora del Pilar; los catalanes á Nuestra Señora de Monserrate.

Esta adquirió el triunfo: para ella fué el mayor número de votos. La iglesia se consagró, pues, con la dedicacion á la Virgen de Monserrate.

Carlos II murió sin hijos dejando el trono á un nieto de Luis XIV de Francia, al duque de Anjou.

Este tomó el nombre de Felipe V y no olvidó continuar durante su combatido reinado la devocion de sus predecesores á la Virgen catalana.

Cuando estuvo en Barcelona, que tan enemiga le fué, para casarse en Figueras con María Luisa Gabriela de Saboya, subió á su vez á Monserrate deseoso de hincar la rodilla en el altar en que habian doblado la suya todos sus antecesores en el trono.

Llegó Felipe á Monserrate el 24 de Diciembre de 1702 acompañado del cardenal de Tré y de varios señores de la primera nobleza española.

A las doce de la noche del dia que llegó, bajó al camarín de Nuestra Señora con su confesor y despues de haber besado la grada del altar, permaneció en oracion por largo rato. A la mañana siguiente visitó el monasterio todo, vió el tesoro, recorrió las ermitas, y pasó á la iglesia vieja donde se hizo contar la poética historia de Juan Garin por el duque de Benavente que dijo estar enterado.

Despues de haber permanecido dos dias en el monasterio, partió dejando una limosna de doscientos doblones de oro.

Mas tarde estuvo allí tambien la esposa de Felipe en compañía del obispo de Urjel, de la célebre princesa de los Ursinos, del marqués de Castel Rodrigo y de otros grandes señores.

María Luisa permaneció varios dias en Monserrate y en una festividad que tuvo entonces lugar, quiso vestir con sus propias manos á la santa imájen no permitiendo que nadie le ayudase en su tarea. Así es que al partir se declaró camarera suya y se llevó una toca y la llave de la puerta mas inmediata á Nuestra Señora, dejándole en cambio una preciosa rosa de oro matizada con ciento diez diamantes, joya de esquisito gusto y valor.

Desde entonces ningun otro monarca volvió á subir al monasterio hasta

nuestro siglo en que tropezamos allí en 1827 con los reyes Don Fernando VII y su esposa Doña Josefa Amalia, quienes dejaron al partir una limosna de veinte y cinco mil duros para recomponer el edificio entregado á las llamas por los franceses (4).

VI.

DESOLACION Y MISERIA.

A DON MAXIMO A. DE COMES.

Monserrate 30 de Junio de 1851.

Has hecho mal, muy mal. No has querido acompañarme en mi piadosa romería, pero, en cambio, poniendo á contribucion nuestra amistad, has exigido y, lo que es mas, me has hecho prometer que te escribiria mis inspiraciones, que te daria detalles sobre esta Tebaida catalana.

Detalles! detalles!... Ay! aquí no hay mas que ruinas!...

Eran las cuatro de la tarde cuando partí de ese establecimiento de aguas termales oculto en la grieta de un monte como un caracol en su concha, y pocos momentos le bastaron á mi caballo para llevarme hasta la vieja Esparaguera donde tomé el camino real.

(4) Los capítulos que se acaban de leer son no mas que fragmentos entresacados de la obra titulada: MONSERRATE que escribió el autor el año pasado y que dió á luz en Barcelona el editor Don Antonio Brusi. A esta obra puede recurrir quien necesite mas estensos datos sobre el monasterio de que se trata ó quien desee enterarse de todas las curiosas tradiciones de la famosa montaña catalana.

Bien pronto, dibujándose en el azul del horizonte con sus severos y robustos perfiles, dorado por los poéticos rayos del sol de la tarde, se presentó á mi vista Monserrate.

Tú le has visto ya ese monte soberbio, norte de los marinos, elevar junto á rocas informes sus riscos caprichosos, sus sierras dentelladas, sus picos atrevidos como torres que han quedado en pié cabe el monton de ruínas de una ciudad bombardeada. Desde que Monserrate aparece, no se acierta á separar la vista de su encumbrada mole. Es bello contemplar aquellos conos cilindricos en que se rasga el aire, aquellas teorías de portentosas catedrales toscamente delineadas, aquellos bosques y follajes de piedra amontonados unos sobre otros y á los cuales van anexas tan sombrías y misteriosas tradiciones. Casi estaria uno tentado á tomar aquellos ejércitos de rocas con sus listas de ocre y de toba por bandadas de cebras errantes por la montaña.

Hora y media despues, torcia á la derecha y, abandonando la carretera de Manresa, me internaba en la montaña y seguia el camino que conduce al monasterio rozando las rocas que elevan sus espantosas masas verticales, prontas siempre á desprenderse sobre el viajero que va á turbár con sus pasos su eterno silencio.

Lo crearás acaso una necedad, pero me pareció entonces que respiraba mejor, y acepté la brisa zumbadora preñada de los acres aromas del monte que vino á refrescar mi frente, cual un grupo de juguetonas ilusiones que se presentaban á saludarme en el umbral, como antiguamente todas las hermosas doncellas de Sorrento iban en tropel á sonreír al viajero que entraba en la ciudad por el lado donde estaba la risueña estatua, obra maestra del májico Virgilio.

Bebí con fuerza el aire, y me sumerjé en aquella admósfera voluptuosa de frescura en busca de la salud para mi alma enferma, como se sumerje el buzo en las azúreas ondas en busca de las conchas que guardan perlas en su seno.

Es deliciosa la admósfera de las montañas! Allí es donde debe irse en busca de salud y de bondad, allí es donde debe irse para creer en Dios.

Tú lo sabes, amigo mio, tú, mi antiguo y constante compañero, tú sabes si tenia yo necesidad de abandonar por algun tiempo esa mal llamada república de las letras donde se vive tanto en tan poco tiempo y donde envejece en un año el corazon mas jóven; tú sabes si tenia necesidad de olvidar por un momento los amargos sinsabores que persiguen á los que cultivan el campo de la literatura, fértil solo y productivo para aquellos que lo riegan con el sudor del corazon y con las lágrimas del alma; tú sabes en fin si tenia yo necesidad, pero necesidad absoluta, de venir á respirar un poco de aire para mis

pulmones fatigados, de venir en busca de un poco de cielo donde poder estender mi pensamiento por un horizonte sin límites.

Las montañas son el lazareto de las almas enfermas.

Qué es pues lo que haceis ahí, enterrados en esos grandes panteones que llaman ciudades y condenados al tormento de Sísifo, vosotros, críticos, los que vivís del análisis que gasta y que mata? los que, inclinados sobre la obra como un anatómico sobre el cadáver, teneis que seguir con mirada fria y sondear con frio escalpelo todas las profundidades, todos los vacíos, todas las arterias? los que, en fin, estais eternamente destinados á buscar sensaciones de vida bajo un corazon que no tiene muchas veces mas que el hielo de la muerte?...

Y vosotros, qué es lo que haceis ahí, poetas de corazon ardiente, apóstoles de la fé en una sociedad incrédula? qué es lo que haceis ahí vosotros los que cantais tambien esa lengua divina que acaricia el oido y que adormece los corazones? vosotros, hombres de poesia, los de sensibilidad esquisita que perdeis en una lucha todas las ilusiones como en un dia de crudo cierzo se despoja un árbol de sus hojas? Pues qué, no sabeis que el ruiseñor se muere preso en su jaula de oro?... pues qué, preferís tener por sol la grasienta araña de un teatro, por horizonte los árboles pintados en un vetusto lienzo, por capitolio el oscuro porvenir y pobre fama de un folletín, á tener por alfombra campos con sus ondulantes cabelleras de oro, por cúpula un dosel de estrellas, por rumores los parleros acentos del arroyo y las cadencias melancólicas de las aves, por horizonte el espacio en toda su asombrosa majestad y por antorcha Dios?....

Partid, partid á las montañas. Allí está la vida. Un mes de permanencia entre los riscos os dará fuerza á vosotros, poetas, para todo un año de lucha, á vosotros, críticos, para todo un año de análisis.....

Perdóname, amigo mio, esta digresion.

El camino que guia al monasterio por aquella parte es delicioso, sin estar espuesto el viajero á los peligros que á cada paso le salen al encuentro por los otros caminos de travesía. Los ruiseñores vagabundos cantan escondidos entre las matas; el serpol, el tomillo, el romero, el pinabete envian al peregrino sus acres olores y sus salvajes emanaciones; se atraviesa por entre senderos á cuyos lados crecen el aciano con sus bellas hojas azules prendidas á su corola como las alas esmaltadas de una mariposa, la perpetuina con su dorado ramillete, la campanilla con su grano purpurino en el centro como una lágrima de sangre; el boton de oro con su rubia cabellera, el solitario

con sus balanceadoras flores blancas y castas como el amor de una vírgen.

De cuando en cuando, un rumor grato y ténue hiere el oído. Son arroyuelos que se escapan de las peñas en surtidores de plata, aguas cristalinas que lamen con su lengua de azur la roca de que se desprenden y que atraviesan el camino, no sin antes haber formado un hoyo profundo, un plácido aunque pequeño estanque, palacio de cristal donde habitan las salamandras que endulzan el agua cuando están tranquilas pero que la envenenan cuando se las irrita.

Dejé flotar las riendas sobre el cuello de mi caballo y seguí su monótono paso.

El camino es delicioso, ya te lo he dicho; es un continuado panorama mucho mas bello aun á esa hora en que el sol baja como un globo de fuego á sepultarse tras las ciclópeas peñas de Monserrate, á esa hora de encanto y de dulzura en que el último rayo del sol moribundo juega con el primer rayo del crepúsculo naciente, y en que todo el paisaje, valles, ríos, rocas, bosques y montañas, parece nadar en ese océano de opalada neblina que rueda sus olas invisibles por los transparentes espacios.

Sin embargo, yo no te hablaré de ello. Apenas ví nada. Egoísta en medio de toda aquella espléndida poesía de la naturaleza, no pensaba mas que en mí, y mi frente se inclinaba pensadora y llena de tristes presagios como por la mañana inclina una flor su mata al peso de las gotas de rocío.

Tú que sabes la disposición de mi ánimo á la melancolía, puedes pensar ya cual era el objeto sobre que rodaban mis tristes ideas.

Recordaba todo lo que he padecido, todo lo que he sufrido, todo lo que he llorado en este mundo, y pensaba que esas rocas con sus enhiestas frentes de asperon y de pudinga, no están tan desnudas á la vejetacion como muerto está mi corazón á las ilusiones.

Ay! que se han hecho mis días de sol?... Y sin embargo, aun oculta mi corazón una esperanza como oculta una luz el globo de alabastro. Y sin embargo, no me quejo. Náufrago agonizante, he llegado al puerto. He ido á reclinar mi cansada frente, á depositar lo que me quedaba de dicha en el seno del amor conyugal como iban las abejas del Himetto á depositar su miel en sus grutas de mimbre.

Oh! nó, no me quejo. Se queja por ventura la rosa de los halagos del céfiro?

Al contrario, yo espero y creo.

Y espero y creo, gracias á tí, pobre corazón amigo, pobre mano consoladora, pobre labio elocuente, gracias á tí que alientas mi esperanza y fortaleces mis creencias!....

Era ya casi de noche cuando llegué aquí. Las sombras se agrupaban como un turbante sobre el monasterio y por las abiertas ojivas salía en brazos del órgano el canto vespertino, la *Salve* melancólica que parecía subir á los cielos dejando un rastro de armonía como el cohete que se eleva deja una estela de brilladoras chispas.

Me apeé del caballo, atravesé la puerta bizantina de galanas cimbras festoneadas ante la cual se detenian los romeros á sacudir el polvo de sus sandalias, crucé por el derruido claustro gótico cuyas esbeltas ojivas cargan sobre hacillos de elegantes columnitas llenas en sus capiteles de frutos y follaje, y penetré en el templo tan desnudo en adornos como antes era rico en maravillas.

El santuario estaba lleno de las notas del órgano y de las voces que entonaban la *Salve*, como un pomo está lleno de perfumes.

Me adelanté en silencio y fui lo primero como las otras veces que habia estado en el monasterio, á doblar mi rodilla, modesto y humilde peregrino, ante la Vírgen á quien tantos prelados, tantos príncipes, tantos grandes de la tierra, tantas ilustraciones del solio habian doblado la suya.

En esta posición permanecí mientras duró la *Salve*, mientras ese lirio de los cristianos cánticos, como dije en otra ocasión, hinchó el templo con sus notas vibrantes y revoloteadoras como un puñado de abejas susurrantes sobre la frente que se inclina soñadora y pensativa.

Al salir de la iglesia me aguardaba un triste espectáculo, el espectáculo que se presencia en Monserrate.

Á la pálida claridad de la estrellada noche, he paseado una mirada de dolor por todo ese monton de ruinas debidas mas que al soplo del tiempo á la mano del hombre.

Oh! creo ahora que has hecho bien en no acompañarme. No subas jamás á este monasterio, amigo mio, tú que tienes corazón y fé. No subas jamás porque sentirias rasgarse tu alma de pena, como un día estas mismas rocas se rasgaron de dolor, siguiendo la cristiana leyenda.

Te quedarias inmóvil como yo mismo ante tanta desolacion y miseria despues de tanto esplendor y riqueza, y como yo dirias: Señor, qué pueblo es ese que rompe su pasado como rompe una niña despechada la fragil aguja que no ha podido enebrrar? Qué jáuria feroz y ahulladora ha pasado por aquí y ha hecho aquí ralea? Quiénes son esos, — sacrílegos y profanos! — que han abierto las tumbas donde los cadáveres aguardaban la voz eterna y han levantado los muertos en las puntas de sus bayonetas? quiénes los que han hollado el santuario y entre irrisorias carcajadas han pretendido, — pobres locos! — arrojar

á Cristo de sus altares, como en otro tiempo un pueblo embriagado á Luis Capeto de su solio de rey?....

Sí, esto dirias y tu imaginacion se transportaría rápida á lo pasado, á las escenas monstruosas de que este monasterio ha sido teatro.

Debió de ser aquel un dia horroroso!

Caian hechos pedazos los pintados cristales de las ojivas al lejano son de la metralla y al estruendo mas inmediato de las descargas; el incendio con sus lenguas de fuego lamia las robustas paredes del edificio; los hombres de mármol tendidos sobre sus losas mortuorias veian pasar estraños y diabólicos rostros á la luz de las teas incendiarias que agitaban descarnados brazos; los pálidos muertos se incorporaban en sus sepulcros á los sacrílegos clamores que turbaban su reposo; los santos de la portada doblaban estremecidos sus rodillas de granito, y ante aquel horrible clamoreo de los nuevos vendedores del templo, acaso el ángel del final juicio, oculto entre las nubes, empuñaba trémulo la fatídica trompeta y volviendo sus ojos al cielo decia: Pues que, Señor, es ya llegada la hora?

Créeme, Máximo, tú eres hombre de corazon y de fé.... no subas jamás á este monasterio!....

Esta mañana me he levantado con el alba y he ido á recorrer las ermitas, ó mejor los sitios donde antes estuvieran, porque ya no quedan mas que ruinas.

Mis anteriores viajes á esta montaña me enseñaron el camino para ir á cada una de ellas. Por consiguiente, no he necesitado ya guia y he ido solo, entregado por entero á mis pensamientos.

Al borde de espantosos precipicios que dan vértigo al mirarlos, sobre los mas elevados picachos al parecer inaccesibles, existen los escombros de las ermitas de Santiago, Santa Catalina, San Juan, San Onofre, Santa María Magdalena, San Gerónimo, San Antonio, San Salvador, San Benito, Santa Ana, La Trinidad y San Dimas.

Allí, á estos nidos de golondrina, que tal parecerian desde lejos, se retiraron hombres ilustres á terminar sus dias y allí, sibaritas del desierto, buscaron la calma que les negaba un mundo engañoso y pasaron su vida rezando y trabajando, rodeados de las maravillas de la naturaleza, ahogando los deseos que sentian nacer en su corazon y cortándoles sus alas de paloma.

Hoy no busques á ninguno de esos anacoretas. Las huellas de sus pasos se han perdido en la montaña, como se han perdido los trillados caminos que á sus moradas conducian.

Las paredes de las ermitas que se mantienen en pié están llenas de ins-

cripciones y desaparecen bajo los nombres de los viajeros que hasta allí han llegado, pero, por mas que busqué, no supe hallar ninguna inscripcion notable ni ningun nombre ilustre.

Como ves, amigo mio, todo es aquí desolacion, todo miseria.

Han pasado para Monserrate los tiempos en que el monasterio veia llegar á su puerta numerosas caravanas de peregrinos, el bordon en una mano y la ofrenda en la otra.

Unas veces eran príncipes y caballeros de remotas provincias, otras simples habitantes del pais ó de lejanas tierras.

Casi todos subian á pié la trabajosa cuesta y muchos descalzos. Unos subian con las manos plegadas y los ojos constantemente fijos en el cielo, otros con velas ó antorchas encendidas; unos con pesadas cruces de madera, otros con barras de hierro al hombro, unos con sogas al cuello, otros ceñida con ellas la cintura hasta hacer saltar sangre de las desnudas carnes; unos con argollas de hierro al cuello y esposas en las manos, otros arrastrando gruesas cadenas y juntos con grillos los piés; unos disciplinándose toda ó gran parte del camino, otros con las rodillas desnudas, matizando con su sangre las agudas piedras.

Varias veces sucedia que con tan monstruosas penitencias, los grillos penetraban en los piés lastimándolos, las esposas cortaban las manos, las cruces de madera ó las barras de hierro hundian bajo su peso al penitente, y las rodillas quedaban viudas de carne hasta los huesos. Entonces, si un peregrino al pasar acertaba á ver á alguno en tan lastimoso estado, corria á dar parte al monasterio, y en seguida bajaba al encuentro del penitente un monje confesor que, haciéndole levantar, le absolvía del voto que traia hecho; pues Monserrate tenia poder de los sumos pontífices para conmutarlo en otra mas prudente penitencia.

Hoy solo alegres caravanas de bulliciosos viajeros suben á la morada de la Virgen; hoy el monasterio está solo, abandonado casi. Los pasos de los nueve religiosos que le habitan resuenan únicamente bajo las olvidadas bóvedas. Son nueve hombres que han querido ir á morir en la montaña, águilas regresadas á su nido del que les habia lanzado la tempestad; nueve hombres que voluntariamente se han presentado á ser guardas de la Virgen querida de los catalanes, que han vuelto á su antigua morada para ser centinelas de sus escombros.

Su resolucion, en los tiempos que corremos, es digna, bien lo puedes conocer; su abnegacion admirable.

Dios bendiga á los nueve solitarios de las ruinas!

Tres monacillos ó *escolanes* habitan con ellos. Esto es lo que queda de la célebre *escolania* que dió vida á tan grandes maestros , á tan sublimes y ensalzados profesores.

Ahi tienes cumplida mi promesa , amigo mio. Tal es el estado de Monserrate y nada mas pudiera decirte.

Pienso aun permanecer aquí uno ó dos dias. Se respira tan bien y se ensancha tanto el corazon!

Adios!

Permíteme concluir mi carta con una reflexion sola , pero que dice mucho para nosotros los que pensamos entre una sociedad que no piensa.

Ay , amigo mio! Las montañas van quedándose viudas. Los siglos anteriores les robaron sus amantes los castillos feudales ; nuestro siglo les arrebató sus esposos los santuarios.

Afortunadamente , Dios les deja su poesía , los huracanes y las tempestades.



NUESTRA SEÑORA DE LA TRAPA.

(ARAGON.)

I.

EL VOTO.



A Trapa!!

He ahí un nombre que desde nuestra niñez hemos aprendido á murmurar con cierto temeroso respeto, mejor diremos con cierta especie de terror. Un no sé qué de triste, de lúgubre, de misterioso va unido á este nombre que suena á los oidos como un grito fatídico y agorero.

Y no es extraño.

Nadie ignora la misteriosa atraccion que por espacio de mucho tiempo poseyó la Trapa, y de que manera, en Francia, fué haciendo incesantes conquistas en el seno de la riqueza , entre lo que habia en la corte de mas noble y de mas jóven. Cada dia se echaba menos á un